

EL CUERPO MISTICO DE CRISTO COMO UNIDAD PROFUNDA DE LA IGLESIA

INTRODUCCION

El tema de la unidad está de moda. Unidad económica o cultural; unidad internacional, militar o simplemente humana. Y hoy, en primer plano, la unidad balbuciente y atormentada de las nuevas naciones que buscan a tientas su camino hacia la geografía política.

Cada una de esas unidades pretende ser de signo positivo; cada una baraja importantes intereses humanos. Por consiguiente, el afán de unidad es menos una moda que una exigencia y un desasosiego del alma de hoy.

Su exponente más alto es el anhelo de unidad religiosa¹. Anhelo que modernamente ha tomado cuerpo en el movimiento ecumenista de origen protestante y en el afán unionista católico²; pero su máxima actualidad acaba de dársela el tema y la inminencia del concilio, esperanza y labor de unidad; de unidad católica, concretamente.

Decir que la Iglesia católica es una, que tiene unidad, puede significar diversas cosas más o menos vagas; por ejemplo: que la Iglesia posee la unidad propia de una organización cualquiera. Cabe mayor profundización en distintas direcciones: se hablará de unidad de gobierno, de unidad doctrinal... Todo esto es cierto, pero tiene la raíz mucho más adentro todavía: hay en la Iglesia de Cristo una unidad maravillosa y verdaderamente increíble: Cristo y nosotros formamos un solo cuerpo: El, la Cabeza: nosotros, los miembros. La unidad profunda de la Iglesia reside en su calidad de Cuerpo místico, que es también su mejor definición³.

¹ Con motivo de la Exposición de Bruselas, «Lumen Vitae» ha dedicado un interesante número al tema: «Communauté humaine et formation religieuse»: Lumen Vitae 13 (1958) 409 ss.—Cfr. también Fr. ELOY, F. S. C., *Matériaux pour une catéchèse sur «l'universalisme et l'internationalisme chrétien»*, Catéchistes 9 (1958) 155-162.

² Cfr. *XII Semana Española de Teología: El movimiento ecumenista*, C. S. I. C., Madrid, 1953.

³ «Para definir y describir esta verdadera Iglesia de Cristo —que es la Iglesia santa, católica, apostólica, Romana— nada hay más noble, nada más excelente, nada más divino que aquella frase con que se la llama *el Cuerpo místico de Cristo*.» (*Mystici Corporis Christi*, Colección de Encíclicas y Documentos Pontificios, 5.ª ed., Publicaciones de la Junta Técnica Nacional de A. C. E., Madrid, 1955, p. 706.)

I. — LA IGLESIA, CUERPO MISTICO DE CRISTO

Hoy, la expresión «Cuerpo místico» nos es familiar y va ganando terreno. Quiera Dios que cobre también hondura de vida y doctrina. Su auge se debe, sobre todo, a la encíclica *Mystici Corporis Christi*⁴.

Pero no es una doctrina nueva. Ni siquiera ha necesitado de la explicación que trae consigo la evolución de ciertos dogmas. Desde el comienzo del cristianismo, fue propuesta claramente, sobre todo, por San Pablo y San Juan, y luego, por los Padres, entre los que sobresale San Agustín.

Los evangelios sinópticos ya aluden veladamente al misterio del Cuerpo místico cuando enseñan la inaudita equipolencia entre Cristo y los hombres: «El que a vosotros oye, a mí me oye; y el que a vosotros desecha, a mí me desecha» (Lc 10, 16); «cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis» (Mt. 25, 40. 45).

Luego aparece el cuarto evangelio para que creamos, y creyendo, tengamos vida en Cristo (Jo 20, 31); vida que Cristo vino a traernos abundantemente (Jo 10, 10), unidad maravillosa, divina, que no abandonaba los labios del Señor en la hora suprema de la oración sacerdotal: «Que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos sean en nosotros» (Jo 17, 21). La unidad y vida en Cristo son como una obsesión en San Juan; y a la hora de darles plasticidad, surge el bellísimo capítulo quince: «Yo soy la vida verdadera...» (Jo 15, 1 ss.). La alegoría de la vid contiene lo esencial del

⁴ A. A. S. 35 (1943) 193-248; cfr. la edición, copiosamente documentada, de S. TROMP, S. I., *De Mystico Iesu Christi Corpore*, 3.ª ed., P. U. Gregoriana, Roma, 1953. Por comodidad citaremos siempre según el texto de la ya mencionada *Colección de Encíclicas*, pp. 702-739; pondremos simplemente las iniciales de la encíclica —M. C.— y el número de la página.

La producción sobre el Cuerpo místico es abundante; bastenos citar: E. SAURAS, O. P., *El Cuerpo Místico de Cristo*, B. A. C., Madrid, 1952 (bibliografía en las pp. 899-901).—S. TROMP, S. I., *Corpus Christi quod est Ecclesia*, 2.ª ed., P. U. Gregoriana, Roma, 1946 (bibliografía: pp. 210-229).—CH. JOURNET, *L'Eglise du Verbe incarné*, t. II, Desclée de Brouwer, 1951; *Id.*, *Teología de la Iglesia*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1960; nos place reconocer claramente la preciosa ayuda que hemos reportado de estas dos obras de Journet, en especial de la primera.—E. MURA, *La dottrina del Corpo Místico*, en *Problemi e orientamenti di Teologia Dogmatica*, Marzorati, Milán, 1957, t. II, pp. 373-405 (bibliografía, pp. 396-405).

Para el aspecto catequístico, baste señalar: el número especial, sobre la Iglesia, de *Lumen Vitae* 8 (1953) 362-500.—FR. VINCENT, *Exigences doctrinales d'une catéchèse équilibrée de l'Eglise*, *Catéchistes* 8 (1957) 17-32.—J. DEROUSSAUX, *Initiation à l'Eglise ou Pédagogie du sens de l'Eglise*, *Catéchistes* 8 (1957) 33-45.—M. RAMSAUER, S. J., *L'Eglise présentée dans la perspective du salut*, *Lumen Vitae* 10 (1955) 567-582.—*Documentation sur l'Eglise*, *Catéchistes* 8 (1957) 53-56.

Cuerpo místico: la vid es de la misma naturaleza que los sarmientos; les comunica de continuo la vida, para que den fruto; pero lo hace discretamente, respetando siempre el tremendo misterio de nuestra libertad: «Todo sarmiento que en mí no lleve fruto, lo cortaré...» (Jo 15, 2).

Mas quien habla con particular claridad del Cuerpo místico es San Pablo. Como San Juan, sabe valerse de una imagen vegetal: la Iglesia es olivo fecundo y frondoso (Rom 11, 17 ss.). Pero sus metáforas predilectas vienen de más arriba, del cuerpo humano: «Somos un solo cuerpo en Cristo» (Rom 12, 5); y de modo más llamativo y vigoroso dice a los corintios: «Vosotros sois el cuerpo de Cristo» (1 Cor 12, 27); Cristo es Cabeza de la Iglesia (Ef 1, 22), vida de todo cristiano (Col 3, 4), como lo es del mismo Pablo (Gál 2, 20). Este cuerpo y esta vida tienen un principio vivificante, el Espíritu de Cristo: «Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, éste no es de Cristo» (Rom 8, 9).

Estamos ante una doctrina extraordinariamente rica y profunda; y, por lo mismo, compleja y, a veces, difícil. Veamos sus líneas fundamentales, siguiendo, sobre todo, la encíclica *Mystici Corporis*.

La Iglesia es un cuerpo. — Lo dice claramente San Pablo: «El es la cabeza del cuerpo de la Iglesia» (Col 1, 18). Cuerpo uno e indiviso, como todo cuerpo: «Nosotros, siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo» (Rom 12, 5). Cuerpo visible, dotado de órganos o miembros diversos (Rom 12, 4) y de variados recursos con que atender a su vida, salud y desarrollo.

La Iglesia es el Cuerpo de Cristo. — La Iglesia, por lo tanto, puede compararse a un cuerpo. Pero no es un cuerpo cualquiera, sino el Cuerpo de Cristo. Y esto porque Jesucristo es su Fundador y su Cabeza, Sustentador y Salvador.

Cristo *fundó* amorosamente la Iglesia con su predicación, su muerte en la cruz y enviando el Espíritu Santo⁵.

Jesucristo es *Cabeza* de la Iglesia por razón de su *excelencia*: porque si la cabeza está colocada en lo más alto, como dice la *Mystici*

⁵ «Porque el Divino Redentor comenzó la edificación del místico templo de la Iglesia cuando con su predicación expuso sus enseñanzas; la consumó cuando pendió de la cruz glorificado, y, finalmente, la manifestó y promulgó cuando de manera visible envió el Espíritu Paráclito sobre sus discípulos.» (M. C. 709.)

Sobre el momento preciso de la institución de la Iglesia, cfr.: T. ZAPELENA, S. J., *De Mystero Ecclesiae responsum ad D. Fr. Grivec*, Salesianum 21 (1959) 575-603.—S. TROMP, S. J., *De Spiritu Christi Anima*, P. U. Gregoriana, Roma, 1960, 56 ss.

Corporis ⁶, ¿quién más encumbrado que el «primogénito de toda criatura» (Col 1, 15), el «primogénito de los muertos» (Col 1, 18), «el mediador entre Dios y los hombres» (1 Tim 2, 5)? Lo es también por razón de su *gobierno*: así como la cabeza rige los miembros, así gobierna Jesucristo a la Iglesia, ya por sí mismo, directamente, ya por medio de su Vicario y de los Obispos.

Además, Jesucristo es Cabeza de la Iglesia por razón de la *mutua necesidad* vigente entre él y la Iglesia. Que los fieles necesitan de Cristo es cosa evidente: «Sin mí, nada podéis hacer» (Jo 15, 5). Pero también Cristo necesita de sus miembros, por más sorprendente que parezca: «Nuestro Salvador, como no gobierna la Iglesia de un modo visible, quiere ser ayudado por los miembros de su Cuerpo místico en el desarrollo de su misión redentora» ⁷.

Por último, la encíclica añade otras tres razones: la cabeza tiene, respecto del cuerpo, *semejanza* de naturaleza, *plenitud* de perfección e *influjo*. Así también, Jesucristo, respecto de la Iglesia: se ha hecho consanguíneo, para hacernos participar de su naturaleza divina (2 Pe 1, 4); en él habita toda plenitud (Col 1, 19), de la que todos participamos (Jo 1, 16); y de él deriva toda la luz y santidad con que son iluminados y santificados todos los fieles ⁸.

En tercer lugar, Jesucristo «así *sustenta* a su Iglesia, y así vive en cierta manera en ella, que ésta subsiste casi como una segunda persona de Cristo» ⁹. «El es quien por la Iglesia bautiza, enseña, gobierna, desata, liga, ofrece, sacrifica» ¹⁰. El, en fin, el que comunica a la Iglesia su misma vida divina.

En cuarto lugar, es su *Salvador*: «Cristo es cabeza de la Iglesia y salvador de su cuerpo» (Ef 5, 23).

La Iglesia, Cuerpo místico. — Ante la sorprendente afirmación de que somos cuerpo de Cristo, en seguida nos preguntamos qué significa esto exactamente, de qué cuerpo se trata.

Desde luego, no se trata de un cuerpo físico. Tales cuerpos guardan su autonomía en el existir. Ahora bien, los cristianos tienen su cuerpo, su persona individual e intransferible; no pueden aglutinarse entre sí, y menos con Cristo, en un cuerpo físico superior.

⁶ M. C., 712.

⁷ M. C., 715.

⁸ Sobre la capitalidad de Jesucristo, cfr. S. TROMP, *Caput influit sensum et motum*, Gregorianum 39 (1958) 353-366.

⁹ M. C., 718.

¹⁰ M. C., 719.

Pero cabe cierta fusión en el obrar, en la prosecución de un fin común; surge entonces el cuerpo moral: la familia, la sociedad.

Ciertamente, el Cuerpo de Cristo, la Iglesia, es una sociedad; pero distinta de las demás sociedades naturales; no es un simple organismo moral; es un cuerpo sobrenatural, misterioso, *místico*¹¹.

Resumiendo: las relaciones que median entre Cristo y los fieles se parecen a las que hay entre la cabeza y los miembros; por eso, podemos expresar las primeras con el nombre de «Cuerpo de Cristo», como significamos las segundas con la designación de «cuerpo humano»¹²; sólo que en nuestro caso estamos ante un organismo social y sobrenatural a la vez. Todo esto lo decimos con una metáfora: «Cuerpo místico»¹³.

La metáfora es un esfuerzo por dar lenguaje a las cosas. No suprime la realidad subyacente. En líneas generales, la expresión «Cuerpo místico» designa todos los vínculos que nos unen sobrenaturalmente a Cristo y nos hacen depender constante y totalmente de él; es el continuo flujo de gracia y vida divina que Cristo infunde en sus miembros para que obren, crezcan y fructifiquen.

En cierta manera, nuestras acciones sobrenaturales son acciones de Cristo, y las de Cristo, nuestras: surge una nueva comunicación de idiomas. La unión hipostática permite la comunicación de idiomas en sentido estricto, es decir, la mutua predicabilidad de las naturalezas, propiedades..., divinas y humanas, de Cristo, expresadas en concreto. En un sentido más lato, cabe comunicación de idiomas o intercambio de propiedades entre la Cabeza y los miembros del Cuerpo místico:

¹¹ La expresión «Cuerpo místico» no se halla en la Escritura; en el siglo XII significa la Iglesia (dice, p. e., Santo Tomás: «Sicut tota Ecclesia dicitur unum corpus mysticum...», 3, q. 8, a. 1 c.); esta nueva acepción queda oficialmente consagrada por la bula *Unam Sanctam* (1302) de Bonifacio VIII: la Iglesia «unum corpus mysticum repraesentat, cuius caput Christus, Christi vero Deus» (Denzinger, 468).

Se puede hablar no sólo de *cuerpo*, sino también de *persona* mística, como hace Santo Tomás («Caput et membra sunt quasi una persona mystica», 3, q. 48, a. 2 ad 1) y el mismo Pío XII («... el Redentor divino constituye con su Cuerpo social una sola persona mística, o, como dice San Agustín, *el Cristo íntegro*». M. C., 724).

¹² «Et multi homines sunt, et unus homo est: multi enim christiani, et unus Christus. Ipsi christiani cum capite suo, quod ascendit in caelum, unus est Christus; non ille unus et nos multi, sed et nos multi in illo uno unum. Unas ergo homo Christus, caput et corpus. Quod est corpus eius? Ecclesia eius» (SAN AGUSTÍN, *Enarr. in Ps. CXXVII*, n. 3, *Corpus Christianorum*, 40, 1869).

¹³ Varios teólogos E. MERSCH, S. J.; SAURAS, o. c., p. 841 s.; etc.) distinguen entre Iglesia y Cuerpo místico. Para otros (MURA, l. c., pp. 389-392; JOURNET, *L'Eglise...*, t II, pp. 80-83; etc.) hay plena y total coincidencia. Así es, sin duda, de acuerdo con las primeras palabras de la encíclica: «Mystici Corporis Christi, quod est Ecclesia...»

las excelencias de Cristo se injertan en nuestra debilidad: participamos de su filiación divina y de su inmortalidad, de su vida y de su Espíritu, de sus méritos, de su poder y de su gloria; por otra parte, los dolores de nuestro sufrir emigran al Verbo, en la medida en que no se oponen a su santidad: en cierto modo, todos los sufrimientos humanos son sufrimientos de Cristo.

Incluso se puede decir, pero esta vez en sentido impropio, que Cristo se hizo maldición por nosotros (Gál 3, 13), y que Dios «le hizo pecado por nosotros» (2 Cor 5, 21).

Esta es, en síntesis, la prodigiosa unidad del Cuerpo místico. Veamos ahora con más detalle su secreta trabazón.

II. — LA UNIDAD Y EL CUERPO MISTICO

VINCULOS MENOS IMPORTANTES

Empezando por la superficie, nos encontramos con una doble serie de vínculos que traban divinamente los miembros del Cuerpo místico.

Vínculos jurídicos: Jesucristo ha hecho de la Iglesia una sociedad visible. Por el mero hecho, la pluralidad de los cristianos se halla unificada por el fin común que todos buscan, los medios que todos emplean y la autoridad visible que obedecen.

Vínculos morales: constituyen un nivel más profundo de unidad, el de las virtudes teologales. Por ellas, hay entre los cristianos, como en toda familia bien unida, comunidad de miras, aspiraciones y sentimientos. Es la unidad de corazón y de alma, tan fácilmente perceptible en la Iglesia primitiva (Act 4, 32).

La fe unifica nuestro acervo de verdades sobrenaturales, alumbrando en todos la misma luz para ver todas las cosas, la luz única del Dios único: «Sólo un Señor, una fe...» (Ef 4, 5). La esperanza nos da a todos un mismo horizonte, un mismo anhelo sobrenatural, en el mismo caminar hacia la ciudad común que está por venir (Hebr 13, 14). Por último y sobre todo, la caridad funde nuestros corazones en el flujo de un solo amor: el amor a Dios y a todos los hombres.

Sin embargo, la mayoría de estos vínculos son insuficientes y caducos: la fe y la esperanza se acabarán. Cesará la estructuración externa de la Iglesia, y los sacramentos, y la misma misa. Ni siquiera los caracteres sacramentales serán imprescindibles, pues ni los ángeles, ni muchos elegidos, los tendrán. Desaparecerá la misma jerarquía ecle-

siástica¹⁴ y reinará esplendorosa la jerarquía definitiva que ya se está formando en el tiempo: la jerarquía de la santidad¹⁵.

La gracia y el amor tienen, pues, absoluta primacía; es lo más esencial y definitivo que la Iglesia itinerante llevará consigo a la gloria. Por la gracia, nuestras acciones se hacen deiformes; y esta participación de la naturaleza divina (2 Pe 1, 4) es precisamente la raíz más profunda y misteriosa de la unidad del Cuerpo místico. Pero después del pecado original, la gracia y la caridad nos vienen por una triple mediación de Jesucristo (1 Tim 2, 5 s.), tienen a Dios como causa suprema, y confieren a la Iglesia dimensiones de recapitulación universal.

MEDIACION SUSTANCIAL

En primer lugar, Jesucristo es mediador por razón de la Encarnación: aun antes de toda actividad, ya une a la criatura con Dios en su mismo ser: es su mediación sustancial. No sólo está cabe Dios para interceder por nosotros, como podría hacerlo cualquier mediador, sino que es uno con Dios sustancialmente. Y es también hombre como nosotros: la naturaleza humana ofreció al Verbo lo mejor que tenía: un cuerpo inmaculado formado en el seno de la Santísima Virgen; María consiente en nombre de todo el género humano¹⁶. Y el Verbo comenzó a habitar en la nueva humanidad, y a ser un puente tendido entre el cielo y la tierra: Dios se hizo hombre para que el hombre fuese Dios¹⁷.

Esta unión inefable con la humanidad entera es designada de varios modos por la Escritura: primogenitura (Rom 8, 29), desposorio¹⁸ y Cuerpo, que es unión más íntima todavía¹⁹, y precisamente la que nos interesa aquí.

¹⁴ Cfr. JOURNET, *L'Eglise...*, II, 992.

¹⁵ «El constituyó a los unos apóstoles; a los otros, profetas; a éstos, evangelistas; a aquéllos, pastores y doctores, *para la perfección consumada de los santos*» (Ef 4, 11 s.). La jerarquía está al servicio de la santidad.

No estará de más notar, también, que la encíclica *Mystici Corporis* expone principalmente aquellos puntos que atañen a la Iglesia militante (M. C., 702).

¹⁶ 3, q. 30, a. 1.1—M. C., 738.

¹⁷ Cfr. JOURNET, *o. c.*, p. 140 s.

¹⁸ Jesucristo se llama esposo (Mt 9, 15); el reino de los cielos se parece a la boda del hijo del rey (Mt 22, 1 ss.); y el Apóstol habla un lenguaje nupcial a la iglesia de Corinto: «Os he desposado a un solo marido para presentaros a Cristo como casta virgen» (2 Cor 11, 2).

¹⁹ Como esposa, la Iglesia está ante Cristo como una persona distinta, porque la distinción de personas es condición necesaria para el matrimonio. En cambio, como Cuerpo la Iglesia forma con Cristo un solo organismo, una sola

Es cierto que sólo la Cruz realizará cumplidamente todo esto. Pero no olvidemos que la Encarnación incoa ya la Redención, es su raíz ontológica: el ser de Cristo contiene como en germen la salvación que nos traerá su obrar; por eso, los Padres refieren la salvación: unas veces, a la Encarnación; otras, a la muerte en el Calvario. Sin la Encarnación, nunca hubiese llegado la humanidad a la grandeza incomparable de formar con Cristo una sola persona mística. De la Encarnación ha heredado la Iglesia una ley profundísima y prodigiosamente multiforme, la ley de la Encarnación: el cristianismo no es divorcio entre espíritu y materia, sino elevación de lo material por la gracia; la gracia penetra divinamente la opacidad silenciosa de la materia: la plenitud de Dios habita corporalmente en Cristo (Col 2, 9); por Cristo, reconcilia Dios consigo todas las cosas, así las de la tierra como las del cielo (Col 1, 20). Y si bien todavía deambulamos entre signos y figuras, éstos ya han sido transformados: en su interior está secretamente encarnada una avanzadilla de la gloria: en el signo de la palabra habita infaliblemente la revelación; en los sacramentos anida la gracia, y en la eucaristía se esconde la misma presencia real del Señor. Sí, la Iglesia es verdaderamente una Iglesia encarnada, la digna Iglesia del Verbo Encarnado.

MEDIACION MORAL

Jesucristo es mediador no sólo por su ser, sustancialmente, sino más aún por su obrar, funcionalmente²⁰. En el obrar de Cristo importa distinguir un sentido ascendente (mediación moral o de impetración) y otro descendente (mediación física o de derivación): son los dos grandes caminos por los que se nos comunica Cristo, dos modos distintos de ser Cabeza de la Iglesia.

En ciertas actividades, como la súplica, la reparación, etc., Jesucristo obra en la línea de la causalidad moral; en estas acciones teándricas, la naturaleza humana actúa como causa principal segunda, y la persona divina es la razón de su valor infinito. Estas acciones proceden radicalmente del Verbo, no de la Trinidad entera. Por consiguiente, en el campo de la impetración, la Iglesia está más estrechamente unida al Verbo que al Padre o al Espíritu Santo. En este orden, el Verbo forma con la Iglesia una sola persona mística suplicante.

persona mística. Nótese con JOURNET (*o. c.*, p. 134, nota) que la encíclica *M. C.* oscila entre la comparación nupcial —dos personas— y la del Cuerpo místico —una sola persona.

²⁰ Cfr. JOURNET, *o. c.*, p. 196 s.

Esto significa, por una parte, que participamos de la súplica, del mérito y de la satisfacción de Cristo; y por otra, que la infinitud de esta satisfacción, de ese mérito y de esa súplica no nos eximen de nuestra aportación.

Cristo no suprime la intercesión humana, sino que se la incorpora, la une a la suya; y así realizada y engrandecida, merece ser presentada a Dios: anteriormente a toda petición de los hijos de Adán, está la súplica absolutamente primera de Cristo, que nos da acceso al Padre: ninguna oración de la tierra tendría valor alguno si no se adhiriese a la oración de Jesucristo; y ninguna súplica que se una a la suya será desoída (Jo 16, 23 s.).

Semejantemente, participamos de los méritos de Cristo como si nosotros hubiésemos sufrido su Pasión y muerte²¹; nos ha hecho una como persona con él para merecernos la salvación: el mérito de Cristo se difunde a los demás hombres, como la actividad de la cabeza aprovecha a los miembros. En adelante, Dios tiene que darse a los hombres, no por puro favor, sino en justicia: «borrando el acta de los decretos que nos era contraria..., clavándola en la cruz» (Col 2, 14). Y no sólo participamos de los méritos de Cristo, sino que incluso podemos merecer, si bien nuestras acciones meritorias son menos acciones nuestras que acciones de Cristo en nosotros: del mérito de Cristo depende todo el mérito nuestro.

Por último, la satisfacción. Jesucristo ha satisfecho por nuestros pecados, no con plata y oro corruptibles, sino con su sangre preciosa (1 Pe 1, 18 s.). Dios podía levantar a la humanidad caída dando a un simple hombre poder de excelencia sobre todos los demás y aceptando benignamente como válida su satisfacción, necesariamente insuficiente. Habríamos sido liberados, pero no redimidos: eternamente, Dios hubiese reportado más ofensa que gloria de la creación. Pero, por un divino trueque, ha sido al revés: Jesucristo ha ofrecido una satisfacción estrictamente infinita, equivalente a la ofensa y sobreabundante: los beneficios de la Redención superan los daños de la culpa, como dice San Pablo (Rom 5, 15 y 20) y repite la liturgia pascual. Esta satisfacción de Cristo es valedera para todos los hombres, porque Dios decretó libremente que formásemos con él una persona mística²²; sólo hace falta que de alguna manera nos la apropiemos, que nos revistamos de Cristo. De esta satisfacción de Cristo

²¹ 3, q. 69, a. 2 ad 1.

²² 3, q. 19, a. 4.

nos viene a los cristianos el poder satisfacer en justicia y condignidad.

MEDIACION FISICA

Hay otras acciones teándricas, como perdonar pecados, obrar milagros, infundir la gracia, etc., en las que Jesucristo obra en el campo de la causalidad eficiente; su sagrada humanidad es la causa instrumental de las mismas, y la Trinidad entera (no el Verbo, propiamente), su causa principal.

En otros términos, la Trinidad es la causa principal suprema de todos los efectos sobrenaturales obrados por Cristo en pro de la Iglesia. Pero esta acción de la Trinidad halla en la humanidad de Jesucristo el instrumento más libre, entregado y amoroso que haya existido. En cierto modo, la humanidad de Cristo dirige la virtud trinitaria, le asigna el punto de tangencia o aplicación y le presta su propio rostro, unas fisonomías profética, sacerdotal y santificadora. Esto equivale a decir que la Iglesia recibe de Dios por Cristo un triple influjo.

Cristo tiene poder para enseñarnos lo que tenemos que obrar y creer (Mt 7, 29; 28, 18-20); es la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Jo 1, 9). Su Ascensión no apaga en nuestras mentes la caricia de su luz y de su verdad: deja el timbre de su voz en la voz de la jerarquía: «El que a vosotros oye, a mí me oye» (Lc 10, 16). La Iglesia es, como Cristo, la luz del mundo.

Cristo fue ordenado sacerdote por Dios mismo para ofrecer el sacrificio de su vida (Hebr 5, 5-9). Subió los peldaños del Calvario para atraerlo todo a sí (Jo 12, 32). Desde entonces, la cruz caminará al compás de todos los tiempos y al paso de todos los caminos: «Haced esto en memoria mía» (Lc 22, 19; 1 Cor 11, 24). En el corazón del cristianismo queda para siempre la cruz, el culto nuevo. Este poder sacerdotal es otro rasgo que pasa de Cristo a la Iglesia: por el bautismo, la confirmación y el orden, los cristianos pueden participar, aunque a títulos distintos, en el sacrificio del Nuevo Testamento. Toda la Iglesia es sacerdotal.

El tercer influjo, el más importante, es la gracia. La causa eficiente principal de la gracia es la Trinidad. De la Trinidad directamente, sin intermediarios, procedía la gracia del estado de inocencia; una gracia lozana, reciente, sin las cicatrices de una caída profunda, dolorosamente superada; una gracia transformada y potente, capaz de aherrajar la concupiscencia y la ignorancia, la muerte y el dolor. Pero,

desde el pecado de Adán, la gracia nos viene mediante la Encarnación; toda gracia lleva el cuño de Jesús, porque Cristo es la causa principal de la gracia, en el orden de la causalidad moral, meritoria, y es su causa instrumental en el orden físico, eficiente.

Como causa instrumental, Jesucristo distribuye su gracia mediante una doble acción: a distancia o por contacto. Las gracias dadas a distancia se extienden a todo el mundo, y son como un fermento que prepara y esboza la Iglesia. Las gracias otorgadas por contacto empapan la zona más inmediata a Cristo: son las gracias de su mirada, de su palabra, de su presencia. Son las gracias más preciosas. Pero este contacto corporal de Cristo tenía escaso radio de acción durante su vida mortal²³. Para extenderlo a todos, Cristo se busca intermediarios, instrumentos suyos en el espacio y en el tiempo. Y aunque asciende a los cielos, sigue residiendo entre los hombres más que nunca: se queda bajo las especies eucarísticas y bajo los velos de la jerarquía y de los sacramentos²⁴. Apartándose del espacio y del tiempo, llena todo el tiempo y el espacio con las gracias de su presencia. Estas gracias particulares conforman plenamente con Cristo; por ellas, la gracia tiene en los cristianos los mismos caracteres que en Cristo: caracteres esenciales que la hacen plena, connatural y filial; y caracteres temporales, secundarios: la gracia cristiana, a diferencia de la gracia original, no elimina actualmente el dolor, sino que lo santifica, nos asemeja dinámicamente a Cristo camino del Calvario y nos urge a rescatar al mundo con Cristo.

SUPREMA CAUSA EFICIENTE

Por esta gracia capital que da a su Iglesia, Cristo forma con ella una sola persona mística: el Cristo total. Pero ya hemos dicho que la suprema causa eficiente de la Iglesia, la fuente primera de toda gracia, es propiamente la Trinidad entera y, por apropiación, el Espíritu Santo. Este es, en último término, el responsable de la actividad de la Iglesia. No es, pues, de extrañar que la Escritura atribuya la vida de la Iglesia al Espíritu Santo más a menudo que a la misma humanidad de Cristo.

²³ «Unum corpus esse simul localiter in duobus locis non potest fieri per miraculum» (Suppl. q. 83, a. 3 ad 4).

²⁴ 3, q. 64, a. 3.—«Y cuando los sacramentos de la Iglesia se administran con rito externo, El es quien produce el efecto interior de las almas» (M. C., 718). Y en otro pasaje ya citado: «El es quien por la Iglesia bautiza, enseña, gobierna, desata, liga, ofrece, sacrifica» (M. C., 719).

Pero hay más, Dios está en la Iglesia no sólo como la causa en el efecto, sino como en su morada: la Trinidad, y por apropiación el Espíritu Santo, es el huésped de la Iglesia por una misteriosa inhabitación: «¿No sabéis que sois templos de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?» (1 Cor 3, 16).

El Espíritu Santo es el alma de la Iglesia²⁵. Viene personalmente a ponerse en lo más íntimo de nuestro amor para que podamos amarle tal cual es, en su amabilidad infinita; es el supremo lazo de unión, alma única y unificante de cuantos le tienen amor, especialmente ese amor rico y perfecto que brota de los sacramentos y, en particular, de la eucaristía²⁶. «Quien se allega al Señor, se hace un espíritu con él» (1 Cor 6, 17).

LA IGLESIA, RECAPITULACION UNIVERSAL

El misterio de la voluntad de Dios, su plan divino, ha sido recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra, una vez llegada la plenitud de los tiempos (Ef 1, 9-11). Esta recapitulación —que no sólo es restaurar lo primitivo, sino perfeccionarlo de manera inaudita— se cifra en la Iglesia, y abarca todo el universo: la creación material, los ángeles y los hombres. Sólo quedan excluidos los condenados, porque ya no pueden ser miembros de la Iglesia, ni siquiera en potencia.

La creación entera gime y siente dolores de parto por participar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios (Rom 9, 19-22) y trocarse galanamente en cielos nuevos y en nueva tierra (2 Pe 3, 13)²⁷.

Los mismos ángeles están incorporados al Cuerpo místico; Cristo es su cabeza²⁸, aunque no en la medida en que lo es de los hombres,

²⁵ «A este Espíritu de Cristo, como a principio invisible, ha de atribuirse también el que todas las partes estén íntimamente unidas, tanto entre sí como con su excelsa Cabeza, estando como está todo en la Cabeza, todo en el Cuerpo, todo en cada uno de los miembros, en los cuales está presente, asistiéndoles de muchas maneras y según sus diversos cargos y oficios, según el mayor o menor grado de perfección espiritual de que gozan. El, con su celestial hálito de vida, ha de ser considerado como el principio de toda acción vital y saludable en todas las partes del Cuerpo místico» (*M. C.*, 719).

Algunos teólogos (JOURNET, *o. c.*, 565-579; SAURAS, *o. c.*, 736 ss.; etc.) distinguen dos almas en la Iglesia: el alma increada o Espíritu Santo y el alma creada, es decir, la gracia plenamente cristiana. Otros autores (MURA, *l. c.*, 394 s.; etc.) creen más conforme con la propiedad del lenguaje metafórico hablar de una sola alma, el Espíritu Santo.

²⁶ Cfr. *M. C.*, 728 s.

²⁷ Sobre la misteriosa valoración sobrenatural del cosmos según la Biblia, cfr. *XIV Semana Bíblica Española*, C. S. I. C., Madrid, 1954.

²⁸ 3, q. 8, a. 4.

a quienes redimió y cuya naturaleza hizo suya. Desde el momento de la Encarnación, la humanidad de Cristo es causa instrumental de la dispensación de todas las gracias sobrenaturales, tanto para los hombres como, según parece, para los mismos ángeles²⁹; de Cristo reciben éstos, actualmente, la vida divina.

Por último y sobre todo, también nosotros, los hombres, entramos en la grandiosa unidad del Cuerpo místico, en la recapitulación universal. Todo el hombre, todo su ser y toda su actividad están llamados a pertenecer a la Iglesia. Todo el hombre y todos los hombres: Cristo es, en acto o en potencia, cabeza de toda la humanidad³⁰.

Los que de hecho pertenecen a la Iglesia, sobre todo si es de modo perfecto, forman una maravillosa unidad interior con Cristo, entre sí y con todo el universo. Transformados misteriosamente en Dios, podemos hacer nuestras todas las cosas. Dice San Juan de la Cruz: «Míos son los cielos y mía es la tierra. Mías son las gentes; los justos son míos, y míos, los pecadores. Los ángeles son míos, y la Madre de Dios, y todas las cosas son mías. Y el mismo Dios es mío y para mí, porque Cristo es mío y todo para mí»³¹. Y si esto nos parece asombroso, recordemos que está escrito: «Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2, 20)³²; «estáis muertos, y vuestra vida está escondida, con Cristo, en Dios» (Col 3, 3).

Entre los cristianos se acortan totalmente las distancias: «Si padece un miembro, todos los miembros padecen con él; y si un miembro es honrado, todos los otros a una se gozan. Pues vosotros sois el cuerpo de Cristo» (1 Cor 12, 26 s.); «así nosotros, siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo; pero cada miembro está al servicio de los otros miembros» (Rom 12, 5). El *tú* y el *yo* han dejado de ser dos pronombres frente a frente, extranjeros entre sí; son dos llamas gemelas en el hogar del *nosotros*, que es el fuego de Dios. Por las venas de todos corre ya la misma sangre. Ya no hay judío ni griego, ni siervo ni libre (Gál 3, 28). Formamos una sola familia; nuestros bienes son misteriosamente comunes; todos dependemos unos de otros. El Cuerpo místico y la Comunión de los santos son una misma cosa³³.

¿Hasta dónde se extienden las ramas de esta familia sobrenatural?

²⁹ Cfr. JOURNET, *o. c.*, p. 149.

³⁰ 3, q. 8, a. 3.

³¹ *Oración del alma enamorada, Vida y obras de San Juan de la Cruz*, 3.^a ed., BAC, Madrid, 1955, p. 1262.

³² «La Iglesia, lo mismo que todos sus santos miembros, pueden hacer suya esta sublime frase del Apóstol: *Y yo vivo o más bien no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí*» (M. C., 720).

³³ Cfr. JOURNET, *o. c.*, p. 52, nota 3, y 58 s.

Abarca, en primer lugar, la Iglesia acabada o perfecta a todos los católicos: los justos ante todo, pero también los pecadores. En torno a los católicos, como un crepúsculo dolorosamente ciego y cautivo, está la iglesia incoada: todos los justos no católicos; no son miembros corporales de la Iglesia, pero le pertenecen ciertamente, aunque de modo inicial, espiritual, por la gracia y por un deseo más o menos explícito, inculpablemente truncado y lastimosamente empobrecido. La verdadera Iglesia de Cristo es, pues, mayor y más bella de lo que a primera vista podría parecer: toda la santidad del mundo le pertenece. Cuanto a los demás viadores, no pertenecen en acto a la Iglesia, sino sólo en potencia ³⁴.

Dentro de este Cuerpo místico hay diversidad de miembros: triunfantes, purgantes y militantes. En lugar enteramente único, como corazón de la Iglesia, está la Santísima Virgen, reina del mundo y medianera de todas las gracias. Dentro de la Iglesia militante hay, por una parte, la jerarquía: ya sea de orden (obispos, sacerdotes, ministros), ya de jurisdicción (Pastor supremo y pastores de las iglesias particulares); y por otra parte, están los fieles, el pueblo cristiano. Desde otro punto de vista, se puede hablar de distintos estados: religioso, clerical, matrimonial, etc. Pero es evidente que estas diversidades no estorban la unidad de la Iglesia, sino que la hacen posible, la refuerzan y enriquecen.

Lo mismo se diga de otras discrepancias más superficiales que se pueden señalar en la Iglesia: diferencias de espacio o de tiempo, de cultura o de nación: la Iglesia de las Cruzadas o de la Inquisición no era exactamente como la de hoy, ni la liturgia latina es idéntica a la oriental, ni la piedad mediterránea tiene el mismo molde acompañado que la germánica. Pero, si bien el hombre es limitado y deficiente siempre y en todas partes, estas diversidades no son por sí mismas una tara. Al revés, son tan grandes las riquezas de la Iglesia, que necesita del correr del tiempo y de los hombres, del paso de las culturas, los estados y las razas, como de otras tantas estaciones de un año innumerable y continuamente fecundo; gracias a esta diversidad, germinan en la Iglesia tantas y tan variadas semillas: el poder y la masedumbre, la ascética y la mística, la luz de este mundo y el fulgor escatológico, la cruz sangrante y el jubiloso repique pascual. Gracias a estas diversidades, la Iglesia reproduce constantemente los mil variados rasgos del rostro inagotable del Señor. Son, pues, impro-

³⁴ 3, q. 8, a. 3.

pios de la Iglesia de Dios los nacionalismos y exclusivismos, los arqueologismos o vanguardismos: la Iglesia no es un fósil ni algo por descubrir: es un cuerpo vivo que crece de continuo y sabe enriquecerse con todo lo santo y bueno de todos los tiempos y lugares.

Unidad, sí; pero no uniformidad. Unidad esencialmente interior, mística, que se difunde en todas las direcciones del cosmos. Ya no hay fronteras impermeables entre el cielo, el purgatorio y la tierra: la Iglesia triunfante nos aguarda y alienta; la Iglesia purgante está alcanzando el premio y confía en nuestra ayuda; la Iglesia militante lucha y espera, y sus triunfos resuenan ya en la gloria: el Apocalipsis nos muestra la Iglesia de la tierra íntimamente fundida con la del cielo.

Tampoco hay barreras que separen los tiempos y los espacios: el espacio y el tiempo han perdido su natural rigidez, se han vuelto asombrosamente flexibles, hasta plegarse sobre sí mismos para que cualquiera de sus puntos pueda ser solidario de nuestra ubicación y de nuestro devenir: la vida de la gracia se expande por toda la tierra; por más abandonado que luche o muera el más humilde de los cristianos, nunca está solo: la Iglesia entera está con él; de igual modo, cada acto moral tiene repercusión ilimitada e imprevisible en el tiempo, en el hoy como en el ayer y en el mañana; sólo en el cielo veremos con asombro esta maravilla: que el tiempo sobrenatural se parece un poco a la eternidad y a la esfera: gravita todo entero sobre cada punto, sobre cada instante³⁵. Estos son los prodigios de la unidad interior del Cuerpo místico.

Existe, además, la unidad exterior. Unidad de fe, de régimen y de culto: todos profesamos las mismas verdades, obedecemos la misma autoridad, recibimos los mismos sacramentos. Que una unidad semejante desafíe los cismas y las herejías, las persecuciones y la riqueza, los siglos y el saber, es, sencillamente, sobrehumano. Por eso, la Apologética estudia esta unidad externa como una nota de la Iglesia, un criterio cognoscitivo adaptado a nuestra razón natural. Pero lo exterior no es más que la floración temporal de lo interior: a las notas apologéticas de la Iglesia corresponden otras tantas propiedades; propiedades superiores a nuestro entendimiento y sólo cognoscibles por revelación. Por esto, cantamos en la misa: «Credo *unam* Ecclesiam.»

³⁵ «Todo hombre que realiza un acto libre proyecta su personalidad en el infinito. Si da de mala gana una limosna a un hombre, esta limosna atraviesa la mano del pobre, cae, atraviesa la tierra, agujerea los soles, atraviesa el firmamento y compromete todo el universo. Si comete una acción impura, oscurece acaso millares de corazones totalmente desconocidos para él, que sin em-

III. — EL CUERPO MISTICO Y LA FORMACION RELIGIOSA

Esta unidad del Cuerpo místico es rica en vida y doctrina; ha de ocupar lugar primerísimo en la formación religiosa, tanto en lo doctrinal como en lo vital³⁶.

La enseñanza catequística necesita urgentemente una sólida unidad interna³⁷, y nada hay más unificador que el misterio del Cuerpo místico, el misterio del Cristo total. En la doctrina del Cuerpo místico se entrecruzan de modo actual, orgánico y apasionante todo el dogma y la moral, la ascética y la mística, la historia de la Iglesia³⁸ y la historia profana³⁹, e incluso el derecho y la cultura⁴⁰. En esta doctrina, profundamente conocida, está, además, la solución de muchas antinomias que turban, a veces, a nuestra juventud: el encanto de lo sensible y la primacía de lo espiritual; el precio y la caducidad de su vida joven, lozana y pujante; el dolor y la fecundidad de la lucha y del fracaso; la paz divina de esta mezcla explosiva: amor a los enemigos; la calidad literaria y la prohibición de libros; el drama, verdaderamente tremendo, de una obediencia filial a las autoridades falibles, cobardes o pecadoras. Nuestros jóvenes tropiezan o tropezarán con estos problemas. Es señal de madurez. No les demos la irritante respuesta: «Es un misterio»; «está definido»; «está mandado». No. Es demasiado pobre. Vayamos a la entraña del problema: Dios ha irrumpido en el tiempo y la materia, y los ha divinizado: se han hecho

bargo se hallan en misteriosa relación con él y que sienten la necesidad de que este hombre sea puro, de la misma manera que un viajero sediento tiene necesidad del vaso de agua del Evangelio. Un acto de amor, un movimiento de verdadera piedad canta por sí las alabanzas divinas desde Adán hasta el fin de los siglos, cura a los enfermos, consuela a los desesperados, apacigua las tempestades, rescata a los cautivos, convierte a los infieles y protege a todo el género humano» (LEÓN BLOY, *Le Désespéré*, 2.^a parte, en JOURNET, *Teología de la Iglesia*, p. 253).

³⁶ La unidad interna es una propiedad metafísica del Cuerpo místico. Unidad y Cuerpo místico son, pues, una misma cosa, ya que las propiedades metafísicas no difieren realmente de sus respectivas esencias. Cfr. JOURNET, *L'Eglise...*, p. 1195.

³⁷ Cfr. M. Z. MAYMÍ, *Jesucristo, centro de la catequesis*, Sinite 1 (1960) 30-32.

³⁸ Cfr., p. e., L. MICOLON, *L'Histoire de l'Eglise et son utilité pour la formation de l'esprit chrétien*, Catéchistes, 1951, núm. 8, pp. 13-26.—Para la Historia de la Iglesia según las edades, cfr. *ibid.*, pp. 27-51.

³⁹ Cfr., p. e., R. DE LE COURT, S. J., *Culture historique et formation religieuse*, Lumen Vitae 12 (1957) 173-180.

⁴⁰ El maestro celoso y competente hallará mil ocasiones para recordar, concretar y profundizar la doctrina del Cuerpo místico. Podrá, por sí mismo o por sus discípulos, analizar, comentar, rectificar, completar el concepto de Iglesia o Cristo total que aparece en obras literarias, cinematográficas, filosóficas, biográficas, etc.; la hondura o superficialidad del aspecto social, hoy tan

infinitamente preciosos y necesarios⁴¹. Pero no han podido desprenderse del color de su estirpe, el matiz de la finitud: el tiempo y la materia siguen tenazmente opacos. Llevan a Dios consigo, pero sin dejarlo traslucir⁴². El tiempo y la materia no son un teorema divino, el fanal de Dios; son su escondite amoroso, su sacramento. La puerta es la fe y el amor: sólo encuentran a Dios los que de veras le buscan⁴³.

Del misterio del Cuerpo místico brota, además, una sólida vida, tanto individual como social.

El capítulo tercero de la epístola a los colosenses es de una particular densidad a este respecto: ya que hemos resucitado con Cristo, debemos buscar las cosas del cielo, no las de la tierra; debemos vivir escondidos, con Cristo, en Dios (vers. 1-3), y, por consiguiente, mortificar los vicios: la fornicación, la impureza...; despojarnos del hombre viejo, con todas sus obras, y revestirnos del nuevo (v. 5-10); revestirse de misericordia, de bondad, humildad..., y, sobre todo, de caridad, que es vínculo de perfección (v. 12 ss.). En suma, vivir una vida intensa y nueva, fruto de nuestra incorporación a Cristo. Si no vivo yo, sino Cristo en mí, mi pensar y hablar, mi amor y mi conducta tienen que ser los de Cristo.

Los miembros tienen que asemejarse a la Cabeza, pues nos dejó ejemplo para que siguiésemos sus pasos (1 Pe 2, 21); debemos padecer con Cristo para ser, con él, glorificados (Rom 8, 17; 2 Tim 2, 11 ss.). El cristianismo no es cosa fácil ni burguesa: el Sermón de la Montaña

en boga. Relacionar, luego, la actitud del autor estudiado con las corrientes religiosas, filosóficas, artísticas... de su tiempo y de su patria, etc.

Particularmente formativo será el estudio del momento y ambiente actuales: ¿en qué medida ignoran, contrarían, favorecen al Cuerpo místico las corrientes actuales de filosofía, literatura, arte, sociología, política...?; ¿en qué medida lo hacen la familia, el colegio, la parroquia, la diócesis, la nación en que vivimos? Este análisis puede ser a veces delicado, pero da interés a la doctrina y, sobre todo, le quita su carácter abstracto: muestra su realidad y permea actualidad.

Se ha podido hablar, por ejemplo, de la técnica y el Cuerpo místico (Lumen Vitae 13 [1958] 701-705), del arte y de la vida interior de la Iglesia (*ib.* 14 [1959] 289 ss.).

⁴¹ «El Verbo de Dios asumió una naturaleza humana pasible para que el hombre, una vez fundada una sociedad visible y consagrada con sangre divina, fuera llevado por un gobierno visible a las cosas invisibles» (*M. C.*, 722).

⁴² Evidentemente, hablamos del Dios de los cristianos, no del Dios de los filósofos.

⁴³ Descendiendo a un caso concreto: Jesucristo extiende su presencia especial doquiera está la autoridad en la Iglesia; es una gracia admirable el tenerle siempre tan cerca. Pero, salvo en casos excepcionales, esta presencia queda velada por las limitaciones del que manda, por la opacidad de la criatura. Sólo la fe descubre penosa y secretamente esta divina presencia. Y «nadie cree sino queriendo» (*M. C.*, 736).

lo demuestra claramente. La vocación cristiana es vocación al martirio.

Tenemos que buscar los intereses de Cristo, como el intrépido San Pablo: «Todo lo soporto por amor de los elegidos, para que éstos alcancen la salud en Cristo Jesús y la gloria eterna» (2 Tim 2, 10); «me alegro de mis padecimientos por vosotros y suplo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1, 24). Los santos se han sentido siempre devorados por este afán apostólico; es que, como dice Pío XII, es un «Misterio verdaderamente tremendo, y que jamás se meditará bastante, el que la salvación de muchos dependa de las oraciones y voluntarias mortificaciones de los miembros del Cuerpo místico de Jesucristo, dirigidas a este objeto, y de la colaboración de los Pastores y de los fieles, sobre todo de los padres y madres de familia, con la que vienen a ser como cooperadores de nuestro divino Salvador»⁴⁴. ¿Cómo poner límites a nuestras ansias de santidad sabiendo que sobre nuestras espaldas gravita la salvación del mundo?

¿Cómo permanecer inactivos siendo tanta la mies y tan pocos los operarios? El cristiano que no es apóstol, no es miembro de sus hermanos, se está separando del Cuerpo de Cristo. Apostolado de la santidad, ante todo. Apostolado de la acción, también. Acción multiforme: el apoyo del ejemplo, el calor de una sonrisa, la simbiosis dadivosa y agradecida de la cooperación, porque los distintos órganos de la Iglesia tienen una misión noble e irremplazable⁴⁵; guerra, pues, a los particularismos de toda especie: en lo esencial, no trabajamos para una nación o una cultura, una Congregación o un partido; trabajamos para la Iglesia de Cristo. Acción apostólica, además, en la vida íntima, profesional y ciudadana de los cristianos: el matrimonio y la paternidad administran sacratísimos intereses de la Iglesia; la elección y el desempeño de la propia profesión, lo mismo que la actividad cívica, no son un capítulo profano de nuestra vida: de ellos dependen el bien espiritual y material de muchos hermanos nuestros; en todos los sectores —construcción, espectáculos, fábricas, magisterio, sindicatos, opinión pública...—, estamos enriqueciendo o depauperando nuestro Cuerpo, el Cuerpo místico.

Por último, acción apostólica en el sector más vecino al Corazón

⁴⁴ M. C., 715.

⁴⁵ Dice, p. e., el cardenal SUHARD (*Le prêtre dans la cité*, en JOURNET, *Teología de la Iglesia*, p. 311): «Grande puede ser la tentación del sacerdote de tomar por cuenta propia funciones que no le corresponden, y para las que sólo

llagado de Cristo: en la carne viva del dolor y de la necesidad. Necesidad espiritual o temporal: no importa, siempre es Cristo quien sufre. ¿Nos acongojamos de veras por la Iglesia del silencio? ¿Nos quema la sed de las misiones, su desamparo, su inmensidad?⁴⁶ ¿Nos avergüenza y nos quita el sueño la miseria de nuestros hermanos? San Juan tiene un lenguaje increíblemente claro, más cortante que el bisturí: «En esto hemos conocido la caridad, en que El dio su vida por nosotros, y nosotros debemos dar nuestra vida por nuestros hermanos. El que tuviere bienes de este mundo y, viendo a su hermano pasar necesidad, le cierra sus entrañas, ¿cómo mora en él la caridad de Dios? Hijitos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y de verdad» (1 Jo 3, 16-18); por desgracia, hemos logrado algo incomprensible: seguir diciendo que tenemos fe y embotar, sin embargo, el filo de estos pasajes sagrados⁴⁷. No se puede amar a Dios sin amar al prójimo (1 Jo 4, 20 s.). «Más aún: se debe afirmar que estaremos tanto más unidos con Dios y con Cristo cuanto más seamos miembros uno de otro y más solícitos recíprocamente; como, por otra parte, tanto más unidos y estrechados estaremos por la caridad cuanto más encendido sea el amor que nos junte a Dios y a nuestra divina Cabeza»⁴⁸.

CONCLUSION

Tenemos que concluir. En la Trinidad beatísima reina una misteriosa unidad. Por eso, secretamente, desde que el hombre salió de las manos de Dios, siente ansias de unidad, de una unidad que quisiera definitiva y total: así nacen los conceptos y las palabras; los burgos, las ciudades y las naciones; así nace de continuo el milagro del amor. Hoy como nunca se busca la unidad: el pulso de los hombres y de los pueblos se está haciendo un pulso planetario. Atravesamos una

los seglares tienen gracia de estado. Preciso será que resista a esta tentación —aun cuando se halle de esta manera disminuída su *eficacia* inmediata.»

⁴⁶ Indicamos para orientación y ayuda del catequista en este tema: *L'unité des chrétiens*, Documents catéchétiques, núm. 4.—A. DREZE, *La leçon de catéchisme sur l'Eglise en esprit oecuménique*, Lumen Vitae 13 (1958) 492-498.—MARIE-THÉRESE, *Veillée de prière pour l'unité chrétienne*, ib., pp. 499-508.—Sobre la comunidad humana y el espíritu misionero, cfr. *ib.*, pp. 535-570.—*Schémas pour la semaine de l'unité chrétienne*, Catéchistes 4 (1953) 37-48; también, *ib.*, 11 (1960) 59-74.

⁴⁷ He aquí unas palabras que hacen pensar; son de Jean Rostand, el sabio y académico ateo: «Le croyant à l'incroyant: 'Comment faites-vous pour vivre sans la Foi?'... L'incroyant au croyant: 'Et vous, avec elle, pour ne pas vivre mieux?'»

⁴⁸ M. C., 726.

fase propicia para entrar en la órbita de Dios. Pero hay que saberla encauzar.

Y no hay cauce mejor ni más profundo que el Cuerpo místico: en el abrazo omnipotente de la unidad trinitaria, el universo entero ha quedado aglutinado en torno a Dios: lo natural y lo sobrenatural, el tiempo y el espacio, la materia y el espíritu, rezuman ya savia divina. Sólo falta la perfección final, que todos sean consumados en la caridad y que se sometan a Cristo todas las cosas; «entonces el mismo Hijo se sujetará a quien a él todo se lo sometió, para que sea Dios todo en todas las cosas» (1 Cor 15, 28). Entonces, la recapitulación será perfecta y tendrá pleno cumplimiento la oración solemne del Señor: «Que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos sean en nosotros..., que sean uno, como nosotros somos uno» (Jo 17, 21 s.).

Entretanto, ya debemos vivir plenamente nuestra vida de Cuerpo místico, hacer nuestros sus triunfos y sus batallas, romper los estrechos muros de nuestros egoísmos y cobardías, y reavivar la escasa llama de espiritualidades mezquinas o insuficientes. Quizá nuestros alumnos se asfixian en la cárcel de la mediocridad, de la mediocridad de nuestra doctrina alicorta y de nuestro ejemplo tímido y renuente.

No, en el seno del Cuerpo místico, debemos hallar, ellos y nosotros, luz inmensa, alegría, confianza y una fuerza inagotable como el ritmo del corazón de Dios. Pues, como dice Pío XII (M. C., p. 731 s.): «Nada más glorioso, nada más noble, nada, a la verdad, más honroso se puede pensar que formar parte de la Iglesia santa, católica, apostólica y Romana, por medio de la cual, somos hechos miembros de un solo y tan venerado Cuerpo, somos dirigidos por una sola y excelsa Cabeza, somos penetrados de un solo y divino Espíritu; somos, por último, alimentados en este terrenal destierro con una misma doctrina y un mismo angélico Pan, hasta que, por fin, gocemos en los cielos de una misma felicidad eterna.»

M. Z. MAYMÍ, F.S.C.